





## I CONCURSO DE RELATO CORTO FANTASTICO ASOCIACIÓN CULTURAL FORJADORES

### MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO

#### LOS HOMBRES DE SCHRÖDINGER, de Óscar Bastante Godina

*Se está bien aquí dentro. Cómodo, confortable, abrigado... No tengo que temer por las inclemencias del tiempo, ni he de compartir mi habitáculo con otros seres, ni pelear por preservar mi ubicación favorita de la codicia de otros congéneres.*

*Ni por la comida, por supuesto. No sé cómo se produce el milagro, pero cada día, cuando despierto, encuentro dos cuencos de comida y uno de agua. Uno de ellos huele muy raro, y nunca lo he probado, pero el otro sí; siempre es del mismo tipo y sabor, pero como yo no soy remilgado, no me importa. Lo importante es que no tengo que realizar ningún esfuerzo para conseguir la comida. Vamos, el colmo de la felicidad y la buena vida.*

- Profesor, su mujer al teléfono.

- Hummmm, ¿y qué quiere, Hans?

- Pregunta que si va a ir usted a cenar.

- ¿Cenar? - el profesor Erwin Schrödinger levantó la vista de los papeles que atestaban su mesa de trabajo y miró fijamente a su ayudante - . Nadie va a cenar hoy, Hans, al menos yo. Dile a mi mujer que la llamaré más tarde.

- ¿Tampoco va a cenar el gato, profesor? - preguntó Hans.

- ... Sí, el gato sí cenará. Se lo merece, y quizá sea su última cena.

En un rincón de la estancia, enroscado encima de una silla de madera, dormitaba un gato atigrado de color gris. Schrödinger se acercó a él y lo acarició suavemente. El gato ronroneó, movió los bigotes sin abrir los ojos, y dio una vuelta sobre sí mismo, mostrando una barriga más clara y peluda que el resto de su cuerpo.

- ¿Qué tal, muchacho? - preguntó el científico -. ¿Preparado para tu gran día?

Por toda respuesta, el gato bostezó, mostrando unos largos y afilados dientes a la vez que estiraba las patas delanteras y enseñaba parcialmente sus uñas.





*Hummm... Los humanos. ¿Qué habrá sido de ellos? Desde que entré aquí, no he vuelto a ver a ninguno. No es que les eche de menos, no; nunca me gustaron demasiado, siempre tan serios y aburridos, con sus batas blancas sucias y arrugadas, y sus rostros inexpresivos y desprovistos de pelo. Y con sus absurdas manías, como su empeño en hablar en esa lengua gutural y carente de armonía alguna, y ese empecinamiento idiota en caminar sobre dos patas, en vez de sobre cuatro como todo el mundo.*



*Seguramente debían de ser "experimentos", como llamaban ellos a todas las cosas estúpidas que se les ocurría probar. Seguro que su desaparición es también un "experimento", una prueba para comprobar si luego son capaces de volver de donde fuera que hayan ido, y lo que ocurre es que su imbecilidad congénita no les permite encontrar el camino de vuelta. En fin, allá ellos, que yo no echo de menos a ninguno.*

*Bueno, quizá a uno sí. ¿Cómo se llamaba? Tenía un nombre imposible,... Schordin, o algo así. Era igual de limitado que el resto, pero al menos manifestaba cierto nivel de curiosidad y capacidad de aprendizaje. Hasta llegué a pensar que si no fuera por el hatajo de homínidos subdesarrollados que le rodeaba hubiera sido capaz de convertirse en un espécimen más o menos inteligente. Siempre según los cánones de su especie, claro.*

Siete personas vestidas con batas blancas rodeaban la gran mesa de metal que presidía el espacio central del laboratorio. En el centro de la mesa se hallaba una gran caja de madera. Schrödinger y sus ayudantes se movían alrededor de ella como satélites de diferente masa y trayectoria en torno a un planeta de dimensiones descomunales. Mientras tanto, el gato observaba la escena desde su rincón con una expresión aburrida y expectante.

- Hay que preparar los cuencos con la comida, profesor - dijo Otto, el veterinario.

- Adelante - contestó Schrödinger.

- Profesor - preguntó Hans -, ¿cuánto tiempo piensa tener al gato encerrado dentro de la caja?

- No lo sé... Cuanto más tiempo esté dentro de la caja aumentará la probabilidad de que elija uno u otro cuenco de comida, y por lo tanto el







experimento tendrá mayor fiabilidad. El factor probabilidad es la clave de todo. No es lo mismo la probabilidad dentro de un experimento realizado durante dos días que la de uno que se extiende semanas en el tiempo.

- Listo, profesor - dijo Otto -. La comida y el agua están preparadas.

- Muy bien. Adelante, pues. Hans, coge al gato y tráelo.

*Aún recuerdo a la perfección el instante en que se fueron, de eso hace... bueno, algunas lunas. Schirden, o como demonios se llame, llevaba tiempo diciéndoles a los demás que pronto iban a realizar un gran "experimento", relacionado con no sé qué tontería de la "probabilidad", una palabra sin significado alguno, de esas que les gusta inventar, y que les tenía a todos a mal traer.*

*Atando cabos, deduje más tarde que quizá "probabilidad" fuese el sitio al que querían ir, ese del que todavía no han sabido regresar. Pobres humanos. Si me hubieran preguntado, les habría explicado cómo volver de un sitio en el que no has estado nunca; basta con irte frotando de tanto en tanto con alguna irregularidad del terreno y... Bueno, qué más da, tampoco me hubieran entendido, pobres.*

*¿En qué estaba? ¡Ah, sí! En el momento en que se fueron. Estaban todos sumamente alborotados, casi histéricos, como si desaparecer en masa en dirección a ninguna parte fuese algo que les colmara de excitación. El tal Scherdon, que parecía ser su cabecilla, no paraba de gritarles en su lenguaje disonante lo que parecían órdenes, supongo que para organizar los preparativos de su insensata expedición. Yo hacía tiempo que me oía algo raro, y en previsión de que aquellos seres disparatados tuvieran la necia intención de hacerme partícipe de aquel "experimento" especial, le había echado el ojo a una gran caja de madera que ellos tenían medio escondida en un rincón de su territorio. Deduje que si esperaba al último momento para esconderme allí dentro, su débil capacidad de raciocinio no les permitiría alterar sus planes ni improvisar una búsqueda de última hora; es más, casi con toda seguridad su limitada agudeza no les dejaría advertir mi ausencia.*

*No obstante, casi me confió demasiado y no logro darles esquinazo, pues ese día su líder, Scharden, se mostraba especialmente sociable conmigo. Me buscaba continuamente, como si por algún motivo que ignoro necesitara de mi compañía. Quizá el miedo a lo desconocido le hacía*





*reclamar la presencia de algún intelecto superior al suyo, seguramente para tranquilizarse; además, no paraba de pronunciar las palabras "experimento", "probabilidad" y "gato", que era el nombre, un tanto infantil, con el que se dirigían a mí.*



- ¿Cómo va todo, Hans?

- Bien, doctor. El gato parece seguir vivo. De la caja salen pequeños ruiditos de tanto en tanto. Y también se le puede escuchar cuando come. Ahora lleva dos días metido ahí dentro. ¿Sigue sin tener idea de cuándo quiere sacarlo?

- Bueno, sé que los gatos son muy sensibles a los olores, y no podemos tenerlo ahí eternamente. De momento esperaremos al menos un par de días más. Mientras no sea así, todavía es un poco pronto para que el experimento resulte fiable.

- Bien, doctor. Por cierto, su mujer ha vuelto a llamar y...

- ¡Por Dios, Hans! Mi mujer... no me moleste con eso en horas de trabajo. A menos que sea una hora intempestiva, mi mujer no tiene por qué llamarme.

- Pero es que es una hora intempestiva, doctor, muy intempestiva.

- ¿Ah, sí? Hans, ¿puede decirme, por favor, qué hora es?

- Sí, doctor, las tres de la madrugada.

- Oh.

*Siempre he pensado que la naturaleza es sabia, y que acaba poniendo a cada cual en su sitio. Justo momentos antes de que... ¡Schrödinger! Sí, ahora me acuerdo, se llamaba Schrödinger. Bien, pues momentos antes de que Schrödinger y el resto de los humanos se fueran a "probabilidad", me deslicé sigilosamente, como una sombra invisible, y me introduje dentro de la caja.*

*Había comido mucho un ratito antes, pues tenía la intención de permanecer dentro de la caja el tiempo suficiente para evitar que algún posible rezagado se diera cuenta de mi eventual desaparición. La pesada digestión de la comida ingerida hizo el resto... y caí en un profundo sueño cuya duración exacta desconozco. Lo cierto es que cuando desperté, dentro de la caja había tres cuencos, dos con abundante comida y otro con límpida agua fresca.*

*Aún soñoliento pero con un hambre creciente, di buena cuenta del*







*recipiente cuya comida olía bien antes de pararme a pensar en mi siguiente paso.*

Cuatro días después, Schrödinger y sus ayudantes debatían las implicaciones filosóficas y científicas de su experimento. El veterano profesor devoraba un sándwich vegetal cuya manipulación le hacía desprender pequeñas partículas alimenticias, la mayoría de las cuales impactaba aleatoriamente sobre su bata.

- Repasemos la teoría - dijo entre bocado y bocado -. En estos momentos no sabemos si el gato está vivo. Puede haber ingerido la comida en buen estado, y por lo tanto seguirá vivo, o puede haber elegido la comida envenenada, con lo cual estará muerto. Ambas posibilidades coexisten, y no tenemos ningún indicio que nos lleve a sostener una u otra posibilidad por encima de la otra, ninguno.

- Pero, profesor - dijo Erwine, una ayudante de laboratorio pálida y delgaducha -, Hans sigue diciendo que oye ruidos de vez en cuando.

- Cierto. Pero no sabemos qué significan. Pueden ser ruidos normales, fruto de la actividad habitual del gato, o pueden ser fruto de la agonía provocada por el veneno. A ciencia cierta, continuamos sin saber qué opción ha escogido el gato. Aún vivo, puede estar ya condenado a muerte.

- ¿Y en principio qué conclusión sacaría usted de esto, profesor? - preguntó Otto, el veterinario.

- Que el gato está vivo y muerto a la vez. No sabemos qué ha ocurrido dentro de la caja, y por lo tanto nos enfrentamos a dos probabilidades con la misma capacidad de convertirse en certeza. Si mi teoría de las probabilidades es cierta, además, es posible que existan incontables universos paralelos en los cuales el gato ha escogido una u otra opción. De hecho, en cada uno de esos universos las combinaciones son inabarcables.

- ¿Quiere decir entonces que en alguno de esos universos este experimento no se ha producido, que nosotros no somos científicos e incluso que nadie ha formulado teoría alguna sobre las probabilidades?

- Quiero decir, mi querido Hans, que existen universos en los cuales hasta me permito contestar las llamadas de mi mujer.

*El silencio era absoluto. La temperatura, perfecta. Y la inesperada aparición de comida y agua había despertado mi natural curiosidad. También la sentía por el más que probable desdichado destino de los humanos, pero*





*razoné que, si por una cósmica casualidad eran capaces de encontrar el camino de vuelta, ya les oiría vociferar con su habitual falta de sentido del ridículo.*

*Cada vez que me dormía de nuevo, cuando despertaba volvía a encontrarme los tres mismos cuencos de antes, totalmente llenos de nuevo. Al parecer, aquella caja poseía alguna clase de magia, y pensé que si aquel hechizo mediante el cual la comida y el agua se reproducían a sí mismas continuaba vigente, valía la pena quedarse allí, sobre todo si los humanos tardaban en regresar o no lo hacían, con lo cual yo me vería obligado a buscarme el sustento por medios propios.*

*Y se estaba tan calentito allí...*



- Profesor, hace mucho rato que no se oye ningún ruido dentro de la caja.

- ¿Cuánto es mucho tiempo para ti, Hans?

- Horas, señor.

- Hummm... Bueno, hace seis días que el gato está ahí dentro. No quisiera precipitarme, puesto que considero que este experimento es crucial. Puede resolver muchos enigmas, además de plantear otros nuevos, por supuesto. ¿Qué opina, usted, Otto?

- Los gatos son capaces de dormir durante muchas horas seguidas - contestó el veterinario -. O de permanecer inactivos, aun sin dormir. Considero que todavía no es algo definitivo. Yo dejaría que pasasen al menos veinticuatro horas más.

- Bien, haremos caso a nuestro insigne veterinario. Dentro de veinticuatro horas abriremos la caja. Habrán pasado... siete días, una semana. Tiempo suficiente, espero. Ahora, y sin que sirva de precedente, váyanse a dormir hasta mañana. Es una orden.

*Desde entonces ha pasado mucho tiempo. Yo sigo dentro de la caja, viviendo a cuerpo de rey, con toda la comida que pueda necesitar a mi alcance y sin que nada ni nadie me moleste. Bien podría quedarme aquí el resto de mi vida.*

*Por lo que respecta a los humanos, no tengo la menor idea de lo que ha podido ser de ellos. No sé si siguen en "probabilidad" o no, si han vuelto o siguen con sus experimentos en otro sitio. Y haciendo cábalas, he llegado a*







*la conclusión de que existen las mismas posibilidades de que los humanos hayan regresado como de que no hayan sido capaces de volver sobre sus pasos.*

*Sólo tengo una manera de saberlo, que es saliendo de la caja; pero temo que si lo hiciera desapareciese el hechizo que me proporciona comida y abrigo continuos. Así que por lo que a mí respecta, los humanos tanto están ahí fuera como desaparecidos. Mientras no salga de aquí, permanecen en ninguna parte, en un limbo incierto, en una semiexistencia de la que de hecho no saldrán nunca mientras yo permanezca en mi caja.*

*A veces me parece oír voces lejanas y quedas. Pero no sé si es que tanto silencio traiciona mis delicados oídos. Y si Schrödinger y el resto de los humanos hubieran vuelto, yo los oiría. Y si no fuera así, al menos se les ocurriría mirar dentro de la caja o gritar mi nombre para ver si me encontraban. Aunque, claro, después de tanto tiempo igual se habrían olvidado de mí, pues seguramente su memoria no esté muy desarrollada.*

*Pobres, estén donde estén, no dejan de darme cierta pena.*

2009 © Óscar Bastante



|  
È  
↑